

FRAGMENTOS

Esqueleto-collage
armadura
para hurgar
entre vestigios

Tiempo de colecta
deseo y memoria

una mosca de terciopelo
un limón-estrella
una hoja

planetas cifrados

La caja
tierra-espejo
asfixia del anhelo
y la intimidad fósil
incrustada en la garganta

como tatuaje
Un paisaje torácico
sedante dolor
de muerte y monolito
como un vestido hueco
que inhala profundo
mientras la Luna brilla

SUEÑO EN TU BOCA

El muro llora
hincado sobre los restos celestes
alcanzando estrellas de humo
reposa

La estela del cuerpo
vuela y se cae
en mis ojeras de plata
cabizbaja se yergue la sombra
en mis venas de fósil

Cambia la página
un sauce
un pez
la cabellera
El viento no se escucha
se huele

Hace cinco meses
sumergido se aloja
en el papel respira

un sueño
en tu boca

AVENTURA EN EL JARDÍN

Las botas de hule siempre manchaban la entrada, por eso se limpiaba bien en la jerga. Yo lo veía detenerse en el umbral y arrastrar los pies dejando cuadritos negros de tierra. Desde que abría la puerta, el olor a pasto cortado invadía la casa.

“Aprende a jugar sola”, decían los adultos, entonces tuve que aprender a insertarme en el mundo de las cosas. Caminar con botas de hule, como él, para pertenecer al exterior y fundirme con el agua y la tierra. Ser terrestre como los buzos, como los esquidores, que, aunque llevan su equipo, se entregan a la naturaleza.

Don Luis también se había entregado a la naturaleza, su cuerpo era de tierra húmeda, oscuro como el café que le gustaba. Sus poros respiraban exhalando gotas diminutas que le hacían brillar la cara. ¿Sería de café, de chocolate o de tierra? Era alto, delgado y tenía un olor a hierba y cigarro. Con elegante placer, fumaba y siempre cubría su cabeza del Sol con un sombrero de ala ancha, el cual protegía con un abrigo de plástico que le embonaba a la perfección.

Yo siempre adivinaba el día que visitaba la casa. Lo sabía porque era cuando todo se llenaba de luz y aroma a pasto cortado. Esos días las puertas del jardín estaban completamente abiertas y el aire circulaba. Todo era cálido y refulgente. La atmósfera era ideal para la transformación, era el momento de camuflaje: el disfraz. Sólo lo hacía en esa ocasión, en otras me parecía ridículo pretender ser alguien distinto. El rojo era mi preferido, por eso mi disfraz era el de Capucita. Cuando salía al jardín cedía al rojo para fundirme al verde y así complementarnos. El jardín era mi bosque, ese lugar único donde los niños pueden perderse. Pero en el mío, todo era luminoso, estaba protegido por un hombre oscuramente sensible y no había lugar para la inquietud. Don Luis le pidió a mamá que me hiciera una capa. Después de ese día salí al jardín de rojo y con una canasta a mi escala, en la que guardaba puños de pasto.

Al llegar de la escuela, la atmósfera me llamaba; de un espacio viciado por las secreciones infantiles, podía sumergirme en la exhalación de la hierba. Corría al patio y él salía al encuentro. En un abrazo me alzaba y me llevaba al jardín. Había trabajado ahí toda la mañana y para entonces, las montañas de pasto estaban listas. Eran tres o cuatro montículos, según hubiera pasado el tiempo desde su visita anterior. En aquel espacio corría sobre la alfombra renovada y podía zambullirme en los conos de hierba. Escalaba los montes, los desmoronaba y bajo una seca lluvia dejaba caer el cuerpo sobre las camas elásticas; después, me tiraba boca arriba a ver viajar las nubes. Todo era tierra, pasto y silencio. Una vez saciado el deseo, había que comer.

Don Luis era un mago que emanaba perfume y luz. Se acabaron sus regalos A veces don Luis también arreglaba el jardín pequeño: “el rincón de los peces”. Era cuando nos dejaba jugar con el agua. En una esquina del estanque apartaba las carpas para que pudiéramos tocarlas. Mientras ellas esperaban ser liberadas, yo miraba sus caras torpes con sus despigmentaciones blanquecinas y sus cuerpos babosos de un intenso rojo-naranja; sus miradas huecas me hacían sentir superior. Don Luis jugaba con ellas, metía la mano con seguridad y decía: “No muerden”; yo sólo metía la punta del dedo. Todo era frío, igual que la piedra volcánica del muro que escurría agua. Sus botas apenas cabían en el estanque, el brillo negro se confundía con el fondo. Era agradable saber que había quitado el moho, ahora el agua sería de cristal y los peces no más fantasmas oscilantes en la bruma verde.

Después de trabajar, don Luis comía con placer. Se sentaba alegre en la mesa y disfrutaba todo. Platicaba, reía y al final no perdonaba su “carajillo” (café con coñac que papá le guardaba). Su actitud era siempre positiva: la vida lo llenaba y se llenaba de vida.

A veces me traía regalos, juguetes especiales que nunca había visto en las tiendas. No sabíamos cómo los conseguía: un gatito blanco de cuerda, que daba vueltas con sus patas a una esfera roja y un prendedor como Santa Claus, que encendía un foquito al jalarle un cascabel.

Cuando dejó de visitar la casa. Todo quedó cerrado. Su ciclo se interrumpió como si el Sol se hubiese extraviado. Lo había atropellado un trailer cuando arreglaba un camellón. A partir de entonces, no volví a verlo, tampoco la casa se iluminó y nunca pude regresar al jardín.

NASCA

Surcos
viajan
 Sobre un plano metálico
mi pluma de aliento
 conduce los enredados cauces
de un triángulo suave
 que es hondonada
 urna de grietas
 ánfora de caricias

Las curvas cercan la tierra
 hablan
 solitarios sus delgados labios
 son trazos sutiles
 que apenas una punta toca

Territorio desconocido
extenso y microscópico

Pliegues de un lienzo endurecido
por tiempos lejanos
libro de recuerdos adulterados
 Litoral cercado
 con diminutas cadenas
que a veces se tornan
líneas espinosas

Enlazadas sujetas
se bifurcan se expanden
dejando una letra incrustada
en la hendidura celular

Viajo entre líneas
carentes de sentido
ignorando el significado fijo
de mi destino

Pero
sólo desde las alturas
entiendo la palma de mi mano

LA ESPERA

Una mujer sueña con un visitante, se ha ungido de azul con su tocado humeante. Su cabeza se mece con el vaiven del tocado. Lo ha confeccionado con la piel suave de un animal robusto y grande. Entre su falda misteriosa, esconde un magneto de esperma celeste y junto a él cobija flechas como cartílagos: estacas frías germinadas con el calor de su centro. Ha escogido el rojo para propiciar un encuentro; para ello, ha bordado su vestido con elegantes grafías de grana.

Sentada, espera e imagina que tal vez se tope con el altivo, el de cabeza de potro blanco ; que aunque sólo tiene una oreja, todo rastrea con ojos gigantes. Lleva falda corta, zapato fino de puntas agudas y en los tacones tiene escritas historias infinitas que ha labrado cuidadosamente con las agujas negras de sus deseos.

O tal vez se encuentre con el enano metálico. El que lleva un monóculo gigante. Con su abrazo de felpa y sus rechonchas manos de niña, acaricia las pieles femeninas. En su cabeza presume un casco de goma. De lejos se confunde con una semilla rugosa . Se presume músico porque emite sonidos con sus joyas tambaleantes y rota imantando al piso sus botas lustrosas.

Así transcurren las horas, la mujer se lamenta pues la visita acude; y solamente se le acerca la menos esperada : otra mujer . Sus ojos lacrados la aíslan en el silencio, mientras se desplaza extendiendo su falda de papel cebolla. Desliza su pierna solitaria sobre una luna púrpura. En la bola se sellan todos los objetos. La mujer del vestido rojo no se da cuenta que ahora espera viajando en el interior de la esfera.

PAISAJE MALVA

Una sombra recorre el horizonte. Sobre su eje, flotan esferas luminosas. Los puntos celestes gravitan en lo alto sobre un dilatado espejo malva. En ese paisaje se ha posado un túnel. Cerca, lo negro acecha. La noche es dorada.

Un cilindro marcado por los sueños. En sus paredes se grabaron inscripciones, registro de momentos que retornan y se van. Estructura giratoria donde se licúan los sueños. Sueño de sueño. En ese sitio te has concretado. Desde el interior, observas. Eres menuda, escurrida. Abatida, vigilante.

Las corpulentas gotas, de plata, han invadido tu planicie, por eso te has refugiado en el interior. Yo he logrado mantenerme en una zona clara. Durante la lluvia he olvidado mi cabeza. Creo que se me ha perdido. Mi cuerpo se ha vuelto un imán para atraer una de las esferas que ahora se posa simulando mi cabeza. Pensar frío resulta sedante.

Desde mi refugio de arena observo las gotas que quedaron después de la tormenta. Espejos acuosos, charcos metálicos son los vestigios. Pienso en tus ojos. No me ha quedado más remedio que esperar. En contraposto sostengo mi cuerpo y cruzo los brazos.

Todo es letargo: noche en que los destellos minerales exhortan lo taciturno. Instante de resguardo. Todo suspendido en un punto.

De pronto , es de día.

SUEÑO DE UN MUERTO

El sueño de un muerto
un corazón

Luna funeraria

el cielo arde
saborea con ojos cerrados
el sendero a mi oído
rumores
un bosque en el tórax
llanto de espectros
desvarío

Cabeza fantasma
esfera de sal
el rostro blanco

Un insecto brilla
temblor minúsculo
talismán

La lluvia cela
el sexo pleno
de la noche acéfala

La niña tiene luces
encajes de pájaro
y un pez late
su labio sonámbulo

Nada alumbra
ni la Luna
sólo tu cuerpo despojado
destello solitario
animal flotante

orfandad lluvia nocturna
oscuro desvelo angustia
noche congelada pausa
incierto diluvio
llueve interno
se disuelve tu vestido sin cuerpo
el que flota vacante
en el aroma recuerdo
caja de secretos
nadie un cadáver amarillo
entiende el silencio
lo indecible duerme
separa disociando lo común
lo perdido sin aliento
sin padre
llovió la noche me hubiera vaciado
decantar en gotas dispersas
Sol el pasto destella
para dejar de existir la ausencia luminosa
un cielo pálido es más nube
refugio gris horizonte llano

los montes azules te vieron
elogiaron tus ojos hueco
enfermo vagas desarticulado
solitario con los espectros
llueve dentro